

tarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal christiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto ^{as} la hermosura y la bondad de Camila juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, diéron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrar-se en su aposento sin respondelle palabra al-

guna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en mas á Camila: la qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hacerse: y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el ejército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo, que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justisimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque dexé sin guarda la vuestra; porque la que me dexastes, si es que quedó con tal titulo, creo que mira mas por su gusto que por lo

que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo mas que decir, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callan-

do á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo hartos que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto ²⁹ él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fue-

ra toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar, y no de proposito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida,

6 de su muerte. Las nuevas que te podrá dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mías se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas como son dádivas, ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el Cielo te dió en suerte, para que en él pasases la mar des-

te mundo ; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto , y aférrate con las áncoras de la buena consideracion , y dexate estar , hasta que te vengan á pedir la deuda , que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario , y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo ; pero con todo eso le rogó , que no dexase la empresa , aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento , aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces : y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori , porque él le daría á entender á Camila , que andaba enamorado de una dama , á quien le habia puesto aquel nombre , por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia ; y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos , que él los haria. No será menester eso , dixo Lotario , pues no me son tan enemigas las Musas , que algunos ratos del año no me visiten : dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores , que los versos yo los haré , si no tan buenos como el sujeto ³⁰ merece , serán por

lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedáron deste acuerdo el impertinente y el traydor amigo , y vuelto Anselmo á su casa , preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado : que fué , le dixese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió , que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa ; pero que ya estaba desengañada , y creia que habia sido imaginacion suya , porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Dixole Anselmo , que bien podia estar segura de aquella sospecha , porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad , á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori , y que aunque no lo estuviera , no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrámbos : y á no estar avisada Camila de Lotario , de que eran fingidos aquellos amores de Clori , y que él se lo habia dicho á Anselmo , por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila , ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos ; mas por estar ya advertida , pasó aquel sobresalto sin pesa-

dumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario, dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito: pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice así:

SONETO.

*En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.*

*Y al tiempo, quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.*

*Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.*

*Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al Cielo sordo, á Clori sin oídos.*

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasidamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dixo Camila: ¿ luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario: y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto, ó otros versos sabia, los dixese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

*Yo sé que muero, y si no soy creído,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.*

*Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria, y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso está esculpido.*

*Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.*

*¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte, ó puerto no se ofrece!*

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila baxaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras, sola Camila con su doncella le dixo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desesti-

mar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señorã mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en 3^a efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por ti esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia, y á otros abraza, á unos hierre, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así ¿de que te espantas, ó de que temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiéndolo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo

al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta ^{3a} la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oídas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima: y que no solo tiene las quatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un *A. B. C.* entero: sino, escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno,*

caballero, dadiovo, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las SS que dicen, y luego *tácito, verdadero*: la *X* no le quadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z* zelador de tu honra. Rióse Camila del *A. B. C.* de su doncella, y tívola por mas plática en las cosas de amor que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mancebo bien nacido de la mesma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió, que si pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela, no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto; porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria, mas cumpliolo de manera que hizo

cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, después que vió que el proceder de su ama no era el que solia, que atreviése á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrearán entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila: que aunque vió una y muchas veces, que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma, mas quando le vió caminar, embosarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdición de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia

entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que Anselmo se levantara, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dixo: sábeta, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra: sábeta, que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por

ver si era algun liviano antojo suyo , ó si lo hacia por probarme , y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimesmo que ella , si fuera la que debía y la que entrámbos pensábamos , ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda , conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado , de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa , me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila) : y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza , pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento , y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila , y naciese en su lugar el arrepentimiento : y así ya que en todo , ó en parte has seguido siempre mis consejos , sigue y guarda uno que ahora te daré , para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos , ó tres dias , como otras veces sueles , y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara , pues los tapices que allí hay , y otras cosas con que te puedas encubrir,

te ofrecen mucha comodidad , y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los míos lo que Camila quiere : y si fuere la maldad , que se puede temer ántes que esperar , con silencio , sagacidad y discrecion , podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto , suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario , porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oír , porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario , y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio , mirando al suelo sin mover pestaña , y al cabo dixo : tú lo has hecho , Lotario , como yo esperaba de tu amistad , en todo he seguido tu consejo , haz lo que quisieres , y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario , y en apartándose dél , se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho , viendo quan neciamente habia andado , pues pudiera él vengarse de Camila , y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldecia su entendimiento , afeaba su ligera determinacion , y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho , ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á

Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros ratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dí-

xole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando, quando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo á Lotario, que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad, para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto

ella le dixese , le respondiése como respondiéra , aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario , que le acabase de declarar su intencion , porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viesse ser necesario. Digo , dixo Camila , que no hay mas que guardar , sino fuere responderme como yo os preguntare , no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer , temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia , y siguiése , ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario , y Anselmo otro día con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo , se partió y volyó á esconderse , que lo pudo hacer con comodidad , porque de industria se la diéron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar , que tendria el que esperaba ver por sus ojos , hacer notomia de las entrañas de su honra , iba-se á pique de perder el sumo bien , que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela , que Anselmo estaba escondido , entráron en la recámara , y apénas hubo puesto los pies en ella Camila , quando dando un grande suspiro , dixo : ¡ay Leonela ami-

ga ! ¿ no seria mejor que ántes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas , porque no procures estorbarlo , que tomares la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio ? Pero no hagas tal , que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber , que es lo que viéron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario , que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal desseo , como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte , Leonela , á esa ventana , y llámale , que sin duda alguna él debe de estar en la calle , esperando poner en efeto su mala intencion ; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡ Ay , señora mia ! respondió la sagaz y advertida Leonela ¿ y que es lo que quieres hacer con esta daga ? ¿ quieres por ventura quitarte la vida , ó quitársela á Lotario ? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio , y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa , y nos halle solas : mira , señora , que somos flacas mugeres , y él es hombre y determinado , y como viene

con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuella caras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer: ¿que hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Que, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en que paraba tanta gallardía y honesta resolución, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á

decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dixo: ¿por que no vas, Leonela, á llamar al mas leal amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á

quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: váleme Dios ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, si quiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviéra á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traydor con la vida, lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealrad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al re-

medio del daño que allí le señalé, debió de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto que las manifestas dádivas y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para que hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traydores, aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo: y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de

todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido, era bastante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de ³⁴ algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieras á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas, si conoces á Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes, y lo segundo, quiero saber tambien, si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hi-

ciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieron los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. Á ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y viola-

das. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes, que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime ¿quando, ó traydor, respondí á tus ruegos con alguna palabra, ó señal, que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿quando tus amorosas palabras no fuéron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿quando tus muchas promesas y mayores dádivas fuéron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu

impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvay-

nada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingía aquel extraño embuste y fealdad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podía herir á Lotario, ó fingiendo que no podía, dixo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la isilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se

admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediale asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió, que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo, que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademañes tan propios de Leonela. Consideraba

quan enterado habia de quedar Anselmo, de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedía consejo á su doncella, si diría, ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que

ella le seguiría; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dexar de ver: á lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila: que tengo de saber? que no me atreveré á forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos y quizá, que por ser la herida donde es, se podrá encubrir, sin que él la vea, y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas dexalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan extraños y eficaces afectos ³⁵ la representáron los personages della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Descaba

mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuviéron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdedlla salió, y luego fué á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo, y quan injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa, y así entre otras razones le dixo, que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirsela á él, y que segun esto no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y médio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que

en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV.

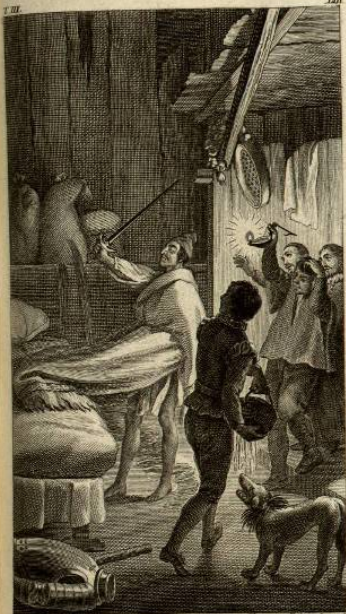
Que trata de la brava y descomunal batalla, que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la Novela del Curioso Impertinente 3.^o.

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del caramanchon ²⁷ donde reposaba Don Quixote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid

señores presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Que dices, hermano? dixo el Cura, dexando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estais en vos, Sancho? ¿como diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyéron un gran ruido en el aposento y que Don Quixote decia á voces: tente ladron, malandrín, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo á esta sazón el ventero, si Don Quixote, ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros

de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y halláron á Don Quixote en el mas extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque, y en la derecha desenvainada la espada, con la qual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reyno de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante,

que todo el aposento estaba lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó Don Quixote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió quan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dixo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me diéron muchos moxicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Que sangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dixo el ventero ¿no ves, ladron,



Inter y Andres Caravaca la obra

Fernando Ochoa de la graba

que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juzgaba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa ³⁸ señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy

quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, también la he cumplido. ¿No lo dixé yo? dixo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ¿ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo diéron con Don Quixote en la cama, el qual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dexáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, di-

eiendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á quantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámla vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le promeria

en viéndose pacífica en su reyno, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto, que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el enga-

ñado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el ³⁹ que tenia Leonela de verse qualificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo, que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió, que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó; es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dixese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo no me mates, señor,

que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, déxame hasta mañana, que entónçes sabrás de mí lo que te ha de admirar: está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dexó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella mesma noche, quando le pa-

reció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion á que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monesterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el monesterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dexado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal, que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decirselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los cria-

dos de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixéron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia que pensar, que decir, ni que hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado, quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró

las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas hubo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecía, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó, que nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Ca-

mila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con el quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dexáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció ^{to} que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dexar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion,

y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para que....

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaba casi en el tér-

mino de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsicur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuviéron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeámos tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorothea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entráron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apearse la muger que en el sillón venia: y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondi-